

A LA LUZ DEL BAUTISMO DE JESÚS

Florentino Alonso Alonso - (Diario de León, 8-I-2022)

«Esto dice el Señor: Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, en quien me complazco. He puesto mi espíritu sobre él» (Is 42,1). He aquí el significado del ciclo de Navidad que concluimos este domingo: mirar y reconocer al enviado de Dios. Nuestro Dios se ha manifestado en la carne. El Dios de las alturas ha bajado a nuestro mundo y ha salido al encuentro de todos los hombres. Hay que mirar, escuchar y seguir. La voz de Dios sobre Jesús en el Jordán marca el camino de la humanidad: Mirar al siervo obediente, escuchar al Hijo que ama como el Padre ama, seguir a Jesús, nacido de María, recorriendo el camino de todo hombre; ésta es la voz de Dios que hoy escuchamos agradecidos. Juan el Bautista lo expresa con claridad: «Yo os bautizo con agua; pero viene el que es más fuerte que yo,... Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego» (cf. Lc 3,15-16.21-22). El agua es un signo, el Espíritu, una realidad desbordante. El agua purifica y es fuente de vida, pero sólo el Espíritu puede transformar al hombre, haciéndolo nueva creatura, hijo de Dios. Así es el rito bautismal. Hay una primera parte del sacramento, el aspecto purificador, la victoria sobre el pecado, y hay, sobre todo, una nueva realidad. En el Bautismo lo más decisivo es el Espíritu Santo que nos es dado, que nos hace caminar como hombres nuevos, que sana nuestras heridas, que supera nuestras propias fuerzas. Caminar como hijos de la luz es obra del Espíritu. Pedro nos ha dejado una definición admirable de Jesús: aquel «que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él» (Hch 10,38). La vocación cristiana, fruto de nuestro bautismo, es un imperativo positivo; se trata de hacer el bien, de construir el Reino, de curar las enfermedades, de cambiar las estructuras de pecado, de sembrar esperanza y ayudar a los hermanos, de llenar la vida y el tiempo de buenas obras, de complicarse la vida en multitud de compromisos. Y todo ello por obra del Espíritu. Para hacer el bien hemos recibido la fuerza de lo alto.